

El jugador
(Diario de un joven)

El jugador
(Diario de un joven)

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

ILUSTRACIONES DE EFEALCUADRADO

TRADUCCIÓN DE RAFAEL TORRES



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Игрок (Из записок молодого человека)

Primera edición: 2015

Ilustraciones
© EFEALCUADRADO

Traducción
© RAFAEL TORRES

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Copyright © EDITORIAL HUEDERS
www.hueders.cl
contacto@hueders.cl
Santiago de Chile

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión
GRACEL ASOCIADOS

ISBN España: 978-84-16358-08-3
ISBN Chile: 978-956-8935-53-5
Depósito legal: M-10888-2015

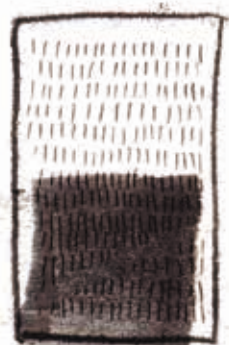
Impreso en España



Este libro ha recibido una ayuda a la traducción del Instituto de la Traducción, Rusia.

ÍNDICE

Capítulo I	11
Capítulo II	23
Capítulo III	31
Capítulo IV	39
Capítulo V	47
Capítulo VI	59
Capítulo VII	69
Capítulo VIII	77
Capítulo IX	87
Capítulo X	99
Capítulo XI	113
Capítulo XII	125
Capítulo XIII	139
Capítulo XIV	151
Capítulo XV	161
Capítulo XVI	173
Capítulo XVII	185



CAPÍTULO I

Por fin he regresado después de una ausencia de dos semanas. El resto de la familia lleva ya tres días en Ruletemburgo. Pensaba que me recibirían a lo grande, pero estaba equivocado. El general me ha mirado con desdén y, condescendiente, me ha mandado donde su hermana. Era evidente que habían pedido dinero prestado en algún sitio. Incluso me ha dado la impresión de que el general me miraba con cierto embarazo. María Filípovna estaba ocupadísima y apenas ha hablado conmigo, aunque ha cogido el dinero, lo ha contado y ha escuchado mi informe de principio a fin. Para el almuerzo esperaban a Mezentsov, a un francesito y a no sé qué inglés. Como de costumbre, en cuanto hay dinero se organiza un banquete a la moscovita. Polina Alexándrovna, nada más verme, me ha preguntado por qué había tardado tanto y, sin esperar respuesta, se ha ido. Es evidente que lo ha hecho a propósito. Pero ella y yo tenemos que aclarar ciertas cosas que se han ido acumulando.

Me condujeron a una habitación pequeña en el cuarto piso del hotel. Aquí todos saben que pertenezco al *séquito del general*. Es evidente que han tenido tiempo de darse a conocer. Todo el mundo parece creer que el general es un alto dignatario ruso muy rico. Antes de la comida, entre otros encargos, se las ha arreglado para darme dos billetes de mil francos con el encargo de cambiarlos, cosa que hice en la oficina de cambio del hotel. Ahora nos tomarán por millonarios, al menos durante una semana. Estaba a punto de ir a recoger a Misha y a Nadia para salir a dar un paseo, cuando me llamaron desde la escalera para que fuera a ver al general. Le había parecido oportuno preguntarme adónde los llevaba. Es evidente que este hombre es incapaz de mirarme directamente a los ojos. Le encantaría, pero cada vez que lo intenta yo le devuelvo una mirada tan intensa, en suma, tan irreverente, que parece quedarse turbado. Me ha dado a entender, montando con grandilocuencia una frase sobre otra hasta hacerse un completo embrollo, que podía ir a pasear con los niños al parque, pero lo más lejos posible del casino. Terminó enfadándose y añadió bruscamente:

—Si no, puede que acabe llevándolos al casino, a la ruleta. Usted me perdonará —añadió—, pero sé que sigue siendo bastante cabeza loca y es capaz de ponerse a jugar. Sea como fuere no soy su tutor y no tengo intención de arrogarme semejante cargo, pero tengo derecho, por así decirlo, a pedirle que no me ponga en un compromiso...

—Pero si ni siquiera tengo dinero —respondí con calma—. Para jugar hace falta tener dinero.

—Le pagaré inmediatamente —respondió el general y, ruborizándose ligeramente, hurgó en su escritorio, comprobó su libreta y llegó a la conclusión de que me debían casi ciento veinte rublos.

—¿Cómo hacemos las cuentas? —comentó—. Hay que pasarlo a táleros. Tome cien táleros, redondeando, no me olvidaré del resto.

Tomé el dinero en silencio.

—No se ofenda por lo que le he dicho, por favor, es usted tan susceptible... Si le he hecho esa observación ha sido, en cierto modo, para prevenirle, y por supuesto estoy en mi completo derecho...

De regreso al hotel con los niños para la comida, me crucé con una auténtica comitiva. Nuestro grupo se dirigía a visitar unas ruinas. ¡Dos maravillosos coches de caballos con unas monturas excelentes! En uno de los coches iba *mademoiselle* Blanche con María Filípovna y Polina. El francesito, el inglés y el general iban a caballo. Los transeúntes se detenían a mirar. El resultado era realmente impresionante, aunque al general iba a salirle muy caro. Calculé que entre los cuatro mil francos que yo había traído y los que habían conseguido ellos, ahora mismo tendrían siete u ocho mil francos. Era una cantidad demasiado pequeña para *mademoiselle* Blanche.

Mademoiselle Blanche se hospeda en nuestro hotel con su madre, y nuestro francesito también anda por aquí. Los sirvientes lo llaman *monsieur le comte* y a la madre de *mademoiselle* Blanche, *madame la comtesse*. Y quién sabe, puede que de hecho sean *comte et comtesse*.

Yo sabía que *monsieur le comte* no me reconocería cuando nos viéramos a la mesa. Al general, por supuesto, ni se le pasó por la cabeza presentarnos, o mencionarme siquiera, puesto que *monsieur le comte* ha estado en Rusia y sabe que lo que allí se conoce como un *outchitel** es poca cosa. Por otro lado, me conoce de sobra. Confieso que me presenté

* Profesor. [Ésta y todas las notas siguientes son del traductor]

en la comida sin haber sido invitado. Al parecer, el general se había olvidado de dar instrucciones, si no probablemente me hubiera mandado a comer a la *table d'hôte*.^{*} Cuando aparecí, pues, el general me miró con desagrado. La buena de María Filípovna me indicó inmediatamente un asiento. El encuentro con *mister Astley* salvó la situación y, sin querer, entré a formar parte de su grupo.

La primera vez que me crucé con este inglés excéntrico fue en Prusia, en un vagón en el que viajábamos uno frente al otro, cuando me disponía a encontrarme con la familia del general. Más tarde me volví a cruzar con él entrando en Francia y, por último, en Suiza. Dos veces en dos semanas y ahora volvía a encontrármelo aquí, en Ruletemburgo. Nunca en mi vida he conocido a un hombre tan tímido. Es tímido hasta un límite absurdo y, por supuesto, es consciente de ello, porque no tiene un pelo de tonto. Pero es una persona muy calmada y amable. Fui yo quien inició la conversación en nuestro primer encuentro en Prusia. Me contó que ese verano había estado en el cabo Norte y lo mucho que le apetecía ir a la feria de Nizhni Nóvgorod. No sé cómo conoció al general. Creo que está perdidamente enamorado de Polina. Cuando ésta entró, se encendió como una tea. Se alegró mucho de que yo me sentara junto a él a la mesa y parece como si me considerara un amigo íntimo.

A la mesa, el francesito se pavoneaba de una forma increíble. Se dirigía a todos con un tono de superioridad y desdén, aunque en Moscú no recuerdo que hiciera otra cosa que rascarse la barriga. No paraba de hablar de economía y política rusa. El general de vez en cuando encontraba valor para contradecirlo, pero con modestia, sólo lo justo para que su autoridad no quedara en entredicho.

Yo estaba de un humor extraño y a mitad de la comida ya me había hecho la misma pregunta de siempre: ¿por qué sigo perdiendo el tiempo con este general? ¿Por qué no lo he abandonado ya? De cuando en cuando lanzaba una mirada a Polina Alexándrovna. Ella ni siquiera reparaba en mí. El resultado fue que me enfadé y decidí empezar a decir groserías.

De pronto, sin venir a cuento, en voz alta y sin que nadie me lo pidiera, me entrometí en una conversación ajena. De lo que tenía ganas en realidad era de reñir con el francesito. Sin previo aviso, y al parecer

* En francés en el original: mesa común.

interrumpiéndolo, me dirigí al general y en voz alta y clara le señalé que ese verano los rusos prácticamente tenían prohibido comer en la *table d'hôte* de los hoteles. El general me miró con asombro.

—Si uno tiene un poco de amor propio —continué—, no puede evitar los altercados y se ve obligado a soportar afrentas extraordinarias. En París, por el Rin e incluso en Suiza, hay tantos polaquillos a la *table d'hôte* y franchutes que simpatizan con ellos, que si eres ruso resulta imposible decir una sola palabra.

Dije todo esto en francés. El general me miraba perplejo, sin saber si enfadarse ante mi salida de tono o quedarse únicamente sorprendido.

—Eso quiere decir que alguien, en algún lugar, le ha dado una lección —dijo el francés con ligereza y desdén.

—En París discutí primero con un polaco —le respondí—, y después con un oficial francés que se puso de parte del polaco. Más tarde, cuando les expliqué cómo había estado a punto de escupir en el café de un monseñor, una parte de los franceses se puso de la mía.

—¿Escupir? —preguntó el general con digna perplejidad, echando incluso una mirada a su alrededor. El francés me miró con incredulidad.

—Lo que oye —respondí—. Como durante dos días enteros estuve convencido de que, para resolver sus asuntos, tendría que hacer una rápida visita a Roma, me dirigí a la oficina de la embajada del santo padre en París con el fin de obtener un visado para mi pasaporte. Allí me encontré con un cleriguillo de unos cincuenta años, seco y con cara de pocos amigos, quien, después de escucharme, me pidió cortésmente, aunque con una frialdad extrema, que esperase. Aunque tenía prisa, me senté a esperar, por supuesto; saqué la *Opinion nationale* y comencé a leer una terrible diatriba contra Rusia. Mientras me encontraba allí oí cómo alguien pasaba a ver a monseñor por la habitación contigua. Vi que mi clérigo se despedía. Me dirigí a él y le reiteré mi solicitud. En un tono aún más seco me pidió de nuevo que esperase. Pasado un tiempo entró otro desconocido para resolver algún asunto, un austriaco, creo, que fue recibido y conducido al piso de arriba inmediatamente. Ya no pude contener mi enfado. Me levanté, me acerqué al clérigo y le dije con firmeza que ya que monseñor estaba recibiendo, bien podía solucionar mi asunto. El clérigo se apartó al instante de mí, tremendamente sorprendido. No lograba comprender cómo un insignificante ruso podía

atreverse a compararse con los invitados de monseñor. Con el tono más insolente posible, como alegrándose de poder ofenderme, me miró de la cabeza a los pies y me gritó: «¿Acaso piensa usted que monseñor va a dejar de tomar su café por usted?». Yo le contesté con un grito aún más fuerte que el suyo: «¡Pues sepa que escupo en el café de su monseñor! ¡Si no arregla ahora mismo lo de mi pasaporte, yo mismo iré a verlo!». «¡Cómo! ¡Ahora mismo está con el cardenal!», comenzó a gritar el abad lanzándose aterrado hacia la puerta y extendiendo las manos en cruz, como dándome a entender que antes prefería morir que dejarme pasar. Le respondí que yo era un hereje y un bárbaro, «*que je suis hérétique et barbare*», y que a mí todos esos arzobispos, cardenales, monseñores... me daban igual. En resumidas cuentas, le di a entender que no me echaría atrás. El clérigo me miró con una cólera infinita, me arrancó el pasaporte de las manos y se lo llevó al piso superior. Un minuto después ya tenía el visado. Aquí está, ¿no quieren verlo? —Saqué mi pasaporte y les mostré mi visado romano.

—Pero bueno, hay que... —comenzó a decir el general.

—Se salvó gracias a que se declaró un bárbaro y un hereje —señaló el francés con una sonrisa—. *Cela n'était pas si bête.**

—¿Acaso debemos tomar como ejemplo a nuestros compatriotas? Vienen aquí, sin atreverse a chistar y dispuestos a renegar de sus orígenes. Por lo menos en París, en mi hotel, cuando le conté a todos mi discusión con el clérigo, empezaron a tratarme con mucho más respeto. Un *pan*** polaco gordo, la persona que mostraba más hostilidad hacia mí en toda la *table d'hôte*, quedó relegado a un segundo plano. Los franceses incluso soportaron que contara cómo hace dos años conocí a una persona a la que un *jäger**** francés había disparado, en 1812, tan sólo para descargar su arma. Esa persona por aquel entonces no era más que un niño de diez años y su familia no había podido salir de Moscú.

—Eso es imposible —saltó el francesito—, ¡un soldado francés no dispararía nunca a un niño!

—Y sin embargo, así fue —respondí—. Me lo contó un respetable capitán de reserva y yo mismo pude ver la cicatriz que le quedó en la mejilla.

* En francés en el original: No está mal pensado.

** En polaco en el original: Señor.

*** Cuerpo de los ejércitos de la época compuesto por pequeñas partidas de cazadores.





El francés comenzó a hablar sin parar, a toda prisa. El general estaba a punto de salir en su ayuda cuando le recomendé que al menos leyera algún que otro fragmento, por ejemplo, de los *Apuntes* del general Perovski, que fue prisionero de los franceses en 1812. Llegados a este punto, María Filipovna cambió de tema para poner punto final a la conversación. El general estaba muy molesto conmigo porque el francés y yo casi habíamos comenzado a gritar. Pero *mister* Astley parecía encantado con nuestra discusión. Cuando nos levantamos de la mesa me propuso beber con él una copa de vino. Por la tarde, como era menester, conseguí hablar un cuarto de hora con Polina Alexándrovna. Nuestra conversación tuvo lugar durante el paseo. Todos se fueron al parque en dirección al casino. Polina se sentó en un banco frente a la fuente y dejó que Nadenka jugara cerca de ella con los otros niños. Yo también dejé a Misha junto a la fuente y finalmente nos quedamos solos los dos. Lo primero, por supuesto, fue hablar de negocios. Cuando sólo le entregué setecientos *gulden*, Polina se enfadó. Estaba convencida de que empeñando sus brillantes en París yo habría podido conseguirle por lo menos dos mil *gulden* o incluso más.

—Necesito dinero sea como sea —dijo—, y tengo que conseguirlo. Si no, estoy perdida.

Le pregunté qué había sucedido en mi ausencia.

—Pues poca cosa aparte de dos noticias que recibimos de Petersburgo: la primera, que la abuela estaba muy mal y, dos días después, que al parecer había muerto. Estas noticias nos las trajo Timofei Petrovich —añadió Polina—, que es hombre de fiar. Estamos a la espera de que nos confirmen la noticia.

—¿Así que todo el mundo está a la espera? —pregunté.

—Por supuesto. Absolutamente todos. Llevamos medio año que no esperamos otra cosa.

—¿Usted también? —pregunté.

—¡Pero si yo no soy pariente directa, tan sólo soy la hijastra del general! Aunque estoy convencida de que se acordará de mí en el testamento.

—Creo que le dejará mucho —dijo con énfasis.

—Sí, ella me quería. Pero ¿por qué tiene *usted* esa impresión?

—Dígame —le respondí con una pregunta—: nuestro marqués está al tanto de todos los secretos familiares, ¿no?

—¿Y a usted por qué le interesa eso? —preguntó Polina dirigiéndome una mirada seca y dura.

—Bueno, si no me equivoco el general se las ha arreglado para pedirle dinero prestado.

—Ha acertado de pleno.

—Pero ¿le habría prestado el dinero si no supiera de la abuelita? ¿Se ha dado cuenta de cómo se refirió tres veces a la abuela como «abuelita» mientras estábamos a la mesa? La *babulinka*. * ¡Qué relación tan íntima y cercana!

—Sí, tiene usted razón. En cuanto sepa si yo también voy a recibir parte de la herencia, me pedirá la mano. ¿Es eso lo que quería saber?

—¿Sólo le pedirá la mano en ese caso? Yo pensaba que hacía tiempo que se la había pedido.

—¡Sabe perfectamente que no! —dijo Polina irritada—. ¿Dónde conoció usted a ese inglés? —añadió después de un minuto de silencio.

—Sabía que me preguntaría por él.

Le relaté mis encuentros previos con *mister Astley* durante mi viaje.

—Es tímido y enamorado y, por supuesto, está enamorado de usted.

—Sí, está enamorado de mí —contestó Polina.

—Y, claro, es diez veces más rico que el francés. Pero ¿realmente cree que el francés tiene algo? ¿No está bajo sospecha?

—No, no lo está. Tiene un *château* o algo por el estilo. Ayer mismo el general me lo confirmó sin lugar a dudas. ¿Qué? ¿Ya está usted satisfecho?

—Yo, en su lugar, me casaría inmediatamente con el inglés.

—¿Por qué? —preguntó Polina.

—El francés es más guapo, pero es un granuja; sin embargo, el inglés, además de ser honrado, es mil veces más rico —le solté con brusquedad.

—Sí, pero el francés es marqués y más inteligente —respondió ella con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿De veras? —continué yo sin alterarme.

—Como lo oye.

* Abuelita.

A Polina no le gustaban nada mis preguntas y me di cuenta de que pretendía enfadarme con el tono y la brutalidad de sus respuestas. Se lo dije al instante.

—Lo cierto es que sí que me divierte verle rabiar. Aunque sólo sea por hacerle pagar su descaro haciéndome ese tipo de preguntas e insinuaciones.

—Al contrario, considero que tengo todo el derecho a hacerle cualquier tipo de pregunta —contesté tranquilamente—, porque estoy dispuesto a pagar por ello y no le doy ahora mismo ningún valor a mi vida.

Polina se echó a reír.

—La última vez, en Schlangenberg, me dijo usted que, a una palabra mía, estaba dispuesto a tirarse de cabeza y, por lo que dicen, allí hay algo menos de trescientos metros. Algún día pronunciaré esa palabra tan sólo para ver cómo hace honor a su promesa, y puede estar seguro de que no me echaré atrás. Le odio justamente por haberle permitido tantas licencias y aún le odio más por resultarme tan necesario. Pero mientras le necesite, tengo que mantenerle a salvo.

Se puso en pie. Hablaba con irritación. Últimamente nuestras conversaciones siempre terminaban con rabia y furia, con auténtica furia.

—Permítame preguntarle, ¿quién es *mademoiselle* Blanche? —dije, no queriendo despedirme de ella sin obtener una explicación.

—Sabe perfectamente quién es *mademoiselle* Blanche. Nada ha cambiado desde la última vez. *Mademoiselle* Blanche probablemente se convertirá en la esposa del general, eso si los rumores de la muerte de la abuela se confirman, por supuesto, porque tanto *mademoiselle* Blanche como su madre y su *cousin* en tercer grado, el marqués, saben perfectamente que estamos arruinados.

—Y el general está perdidamente enamorado, ¿no?

—Eso ahora no tiene importancia. Escuche atentamente: tome estos setecientos florines y vaya a jugar, gane a la ruleta todo cuanto pueda por mí. Ahora mismo necesito dinero como sea.

Dicho lo cual, llamó a Nadenka y se dirigió al casino, donde se unió al resto del grupo. Yo, pensativo y perplejo, tomé el primer camino que encontré a la izquierda. Desde el mismo instante en que me había ordenado ir a la ruleta, sentía como si la cabeza me diera vueltas. Era extraño. Tenía muchas cosas sobre las que reflexionar y sin embargo me lancé a analizar los sentimientos que Polina provocaba en mí. Cierto

era que durante esas dos semanas que había estado fuera me había encontrado mejor que ahora, que estaba de vuelta, aunque todo el camino anduve loco de tristeza, me agitaba como un poseso y se me aparecía constantemente en sueños. Una vez (esto sucedió en Suiza), me quedé dormido en un vagón y, al parecer, hablé en voz alta con Polina, lo que provocó la risa de todos los viajeros. Y una vez más me hice la pregunta «¿La amo?». Y de nuevo fui incapaz de responder o, mejor dicho, por enésima vez mi respuesta fue «La odio». Sí, me resultaba odiosa. Había momentos (especialmente cada vez que terminaba una de nuestras conversaciones) ¡en los que daría la vida por estrangularla! Juro que si hubiera podido hundirle un cuchillo lentamente en el pecho, lo habría hecho con placer. Y al mismo tiempo, juro por lo más sagrado que si en Schlangenberg, en aquella cima que estaba tan de moda, me hubiera dicho «Tírese», me hubiera lanzado al vacío en ese mismo instante, incluso con gusto. No tenía ninguna duda. Aquello tenía que resolverse de una manera o de otra. Ella entiende todo esto perfectamente y estoy convencido de que el hecho de que yo admita abiertamente y sin ambages que es inaccesible para mí, que resulta imposible que se cumplan mis fantasías, esa sola idea, estoy convencido, le proporciona un extremo placer. ¿Acaso podría si no, tan prudente y sensata como es, establecer conmigo una relación tan cercana y sincera? Creo que me sigue viendo como una de esas antiguas emperatrices, que se desnudaban delante de los esclavos porque no los consideraban personas. Sí, en muchas ocasiones no me consideraba una persona...

Sin embargo me había hecho un encargo: ganar a la ruleta fuera como fuera. No tenía tiempo para pensar por qué había tanta prisa o qué se le había ocurrido a esa cabeza que no podía dejar de pensar. Era evidente además que en esas dos semanas habían aparecido nuevos elementos acerca de los cuales yo no sabía nada. Era preciso que hiciera averiguaciones, tenía que desentrañarlo todo y cuanto antes, mejor. Pero de momento no había tiempo. Tenía que ir a la ruleta.